

—¡Chit!—dijo Bernardo.

Una joven acababa de llegar al dintel de la puerta de la vecina.

Iba vestida con un traje de algodón de poco precio, de un color gris, y una cinta de seda negra rodeada á la cintura.

Era la misma que se hallaba algún tiempo antes en la Sauvetiere, recibiendo las confidencias de su amiga Elena de Solmes.

Sus hermosos ojos, que era difícil olvidar cuando se habían visto una vez, se dirigieron durante algunos segundos por el interior de la cocina, y una gran contrariedad entristeció su rostro.

Entró, sin embargo, y se dirigió al escribiente del notario, al que tendió la mano.

El la cogió torpemente, diciendo:

—¡Se os creía perdida!

—No sabía que estuviéseis aquí, Bernardo—respondió.—Había ido á pasearme... He oído tocar el Angelus... Os ruego que me dispenseis.

Se sentó á su lado en la mesa y le dirigió algunas preguntas.

Si el señor Pilet seguía bien; si vendría á Aubignac; si... Porque de lo contrario, ella tendría que ir á verle á su casa.

Durante muchos años, Bernardo Chavarux la había tratado con la familiaridad de una hermana.

Y hasta se tuteaban en la primera época de pensión de la joven.

Después, un año que volvió del convento durante las vacaciones, la joven le había rogado que no la tutease, porque la molestaban aquellas familiaridades; pero aquel ruego ha-

bía sido tan dulce, tan acariciador, que no había sido posible enfadarse.

Claudia intervino.

—¿Qué es lo que quieres al señor Pilet—la preguntó—que tanto interés tienes en verle? Según creo, tienes intención de abandonarnos.

—¡Ah! ¿sabéis?—exclamó la joven sin emocionarse.

—Sí... Bernardo nos lo ha dicho... El notario le ha hablado de tu carta... ¿De modo que no nos quieres?... ¿Te aburres en la casa?...

La joven no se turbó.

—Es que los días se me hacen muy largos sin tener en qué ocuparme.

—Nadie te impide el que trabajes. No falta aquí qué hacer, ropa que coser y que lavar... La cama... pero el señor Pilet ha querido que te eduquen como á una señorita, lo mismo que si tuvieses una fortuna.. Eso por el momento no está mal; pero ¿quién sabe lo que te puede ocurrir después?

Las palabras de la señora Chavarux eran poco tranquilizadoras, pero el acento no podía ser más maternal.

Envolvía la amargura de sus palabras con una capa de miel.

Además estaba de pésimo humor.

Era visible.

La noticia que su hijo la había dado la mortificaba.

De modo que la pequeña—no la llamaban Aurora, sino la pequeña ó la extranjera—se figuraba que podría vivir en cualquier otra parte que no fuese Aubignac; que podría trabajar si no tenía nada que esperar de sus protectores, y que podría ganarse la vida.

Entonces sería el final de los beneficios, el término de aquel periodo de prosperidades, á cuyo final la antigua criada del notario había visto como en un apoteosis á los Chavarux poniendo las manos en una fortuna problemática de aquella niña.

La llegada de Caylus la había inquietado. Comprendía que Aurora era tentadora. No quería de ningún modo que se la quitasen.

La consideraba como una cosa suya.

Además las miras de independencia demostradas por la joven la desesperaban.

Chavarux podía dudar del porvenir reservado á la pequeña, que había llegado á ser una excelente moza.

A Claudia no la cabía la menor duda; sin embargo, no quería dar á entender su despecho.

—Lo que has hecho está muy mal—la dijo.

—¿Mal?

—Nos pruebas que no nos tiene afecto.

—Pero...

—¡Y nosotros que te queremos tanto!

Aurora estaba triste.

Desde que su amiga Elena de Solmes la había hecho la confidencia de su secreto, estaba desorientada.

Aquella falta cometida con tanta facilidad, la preocupaba.

La buscaba una infinidad de disculpas, el fastidio, el pesar de una ruina que era demasiado cierta, un amor que no dejaba de extrañarla, inspirado por aquel Marcelo Danglas, á quien ella no quería.

Experimentaba instintivamente un gran odio hacia aquel joven de veintiseis años, fa-

tuo, orgulloso y estúpido, siempre vestido de punta en blanco y que no se reía nunca francamente.

Comprendía que su amiga iba á sufrir una infinidad de decepciones á consecuencia de aquellos amores, y en los que no hubiera nunca creído antes de la confesión de Elena de Solmes.

Y en su viva y profunda afección por aquella amiga de su infancia temblaba por ella.

Ella era la que por primera vez había vertido en el alma de la abandonada, hasta entonces áspera y feroz, un poco de aquella ternura de que tanto necesitaba.

A fuerza de cuidados había logrado apoderarse de aquel corazón cerrado, cicatrizando la llaga sangrienta que las burlas de sus compañeras habían abierto.

Cuando las dos jóvenes no podían verse, se escribían.

Era la única distracción de Aurora cuando estaba sola en su habitación.

Confiaba á Elena sus pesares, sus temores y sus esperanzas.

Jamás se había permitido semejantes expansiones ni con los Chavarux ni con el notario.

Aurora creía ver en ellos, si no enemigos, por lo menos indiferentes.

No podía existir nada común entre ella y aquellos aldeanos, ambiciosos, sin escrúpulos, dejando ver únicamente al descubierto sus apetitos, dispuestos á todo, con tal de obtener un poco de aquel oro que les enloquecía, ó con aquel notario hipócrita, por el cual su carácter franco y leal experimentaba una aversión natural.

Desde muy pequeña había tratado de alejarse de aquellos seres que creía que no pertenecían á su raza, extrañándose de encontrarse entre ellos.

Era para la infeliz un pesar continuo por tener que vivir entre ellos.

Buena y cariñosa con todo el mundo, agradable y complaciente guardaba para ella sus reflexiones, guiada por el instinto de conservación y comprendiendo que no tenía á nadie para defenderla.

Con Elena de Solmes, por el contrario, había adquirido en seguida gran confianza, su corazón se había encariñado por completo con aquella compañera, que era sincera.

Ahora bien, Elena debía ser desgraciada.

Lo comprendía.

Más que un presentimiento tenía la seguridad de que así era.

Sufría por ello y no podía, ni aun en presencia de los Chavarux, borrar el recuerdo de la confesión que tanto la había emocionado.

—¿En qué piensas?—la preguntó Claudia.—¿No almuerzas?

—No tengo ganas.

—Quisiera saber lo que tienes en la cabeza y por qué causas quieres marcharte de Aubignac. ¿Dónde irás?

El jardinero había terminado su almuerzo.

Tomaba una enorme taza de café con una copa de aguardiente.

—A París indudablemente—dijo entre dientes.—París constituye el sueño de todas las señoritas educadas en convento. Se figuran que allí llueven faisanes ya asaditos, y no saben lo que pasa.

Y añadió después de haberse sorbido la mayor parte del café:

—Encuentran señores muy guapos, marqueses como el hermoso Raimundo que vino hace poco tiempo á hacer una visita por estas tierras.

¿Por qué ante aquel recuerdo, brutalmente evocado, la joven se estremeció?

¿Por qué aquel rostro que no había visto más que un momento pasó ante sus ojos?

¿Por qué el carmín coloreó su rostro?

—No sé de quién queréis hablar. ¿Raimundo de Caylus? ¡Ah, sí!.. En efecto, vino; pero no estuvo aquí más que algunas horas.

—Cabrol me ha dicho que se le espera un día de estos con su hermano. Creo que viene mucha gente y que va á haber ruido. Mejor, con eso estaremos distraídos.

Aurora se había tranquilizado.

No dió importancia á las alusiones de Chavarux, pero contestó á la pregunta de Claudia.

—Ya comprendereis que no puedo vivir en la incertidumbre en que me hallo. En el convento me repetían siempre que era preciso trabajar, que un día había de llegar en que tendría que ganar para satisfacer mis necesidades.

Y añadió con viveza:

—Demasiado sabeis que yo no soy como las demás. Hace mucho tiempo que me lo han dicho. Estoy aquí de paso... No puedo quedarme para siempre... Soy como esos pájaros que han crecido en el nido y que echan para que se busquen la vida en otra parte.

—Pero si nadie te echa, mi querida Aurora—dijo Claudia con voz cariñosa.—Es preciso esperar.

—¿A qué?

—No lo sé. Pero quizás vengan buenas noticias.

La joven movió negativamente la cabeza.

—No lo espero—dijo.—Nadie más que el señor Pilet se ha ocupado de mí y me ha dado á comprender que sus cuidados no podían durar toda la vida.

—¿Puedes encontrar un marido!

Aurora reflexionó un instante sin contestar.

¿Para qué?

Era demasiado inteligente para no saber que era hermosa.

No la cabía la menor duda.

Además parecía que á su alrededor todo el mundo tenía empeño en hacérselo saber.

En el convento, sus compañeras, con más ó menos sinceridad ó hiel, no la llamaban más que la hermosa Aurora.

Las mismas religiosas la predicaban que no tomase á vanidad aquel don, á menudo tan peligroso y funesto.

Alrededor suyo era un concierto de elogios y de sarcasmos.

Las envidiosas la decían al pasar á su lado:

—¡Mirad la presumida, y no tiene ni padre ni madre!

Elena de Solmes la consolaba diciendo:

—¡No es más que envidia! ¡Eres tan hermosa... No las escuches!

Durante las vacaciones, si los Chavarux la llevaban á Vichy, oía alabanzas á su alrededor.

—¡Magnífica muchacha!

—¡Encantadora!

—¡Qué talle! ¡Qué color! ¡Qué ojos!

Vichy está lleno de gentes de gustos delicados.

Tarde ó temprano, todos cuantos han abusado de la vida, concluyen por ir allí.

Lo que Claudia acababa de decirle no tenía nada de extraño.

Aquel marido podía encontrarse, y Aurora comprendió, sin duda, lo que su nodriza quería darla á entender.

Pero no podía considerar aquella noticia como una dicha.

El marido, al cual querían hacer alusión, hubiese sido quizás la salvación; pero aquella salvación no la quería ella.

Por nada en el mundo.

Bernardo Chavarux no había tenido para ella esas atenciones delicadas que forman entre los niños esos lazos, casi imposibles de romper, que se llaman una amistad de la infancia.

En otro tiempo apenas si se ocupaba de ella; existía entre ellos una especie de antipatía instintiva que les alejaba el uno del otro.

Por lo demás, rara vez dos seres tan diferentes se han criado en una misma casa.

Y de repente, aquel cambio de actitud, en el cual ella ni pensaba, y que casi se le hacía á quemarropa, lo consideraba como un mal presagio y como anuncio de sucesos amenazadores para ella.

No quería aceptar á ningún precio.

Y negarse, era condenarse á salir de aquella casa, que, después de todo, había sido para ella un refugio, el asilo de sus primeros años.

Su corazón se contrajo; una emoción punzante se apoderó de ella.

Después se dijo que quizás se equivocaba; que los Chavarux, ambiciosos para su hijo, tan avaros como eran, no habían podido pensar en aquella boda, que la inspiraba una repulsión tan grande; que era demasiado pobre para atraer la atención de su heredero, y se sintió más tranquila.

En aquel momento una distracción la sacó de sus meditaciones.

El jardinero había vuelto á tomar su tema favorito y que no se agotaba desde hacía algún tiempo.

Era muy desagradable que el marqués se hubiese muerto.

A él no se le veía nunca por allí, y no era exigente. Siempre estaba satisfecho de lo que veía cuando hacía alguna de sus raras visitas.

Daba algunas órdenes, reunía al carpintero, al albañil, al hojalero, y con la punta de su bastón les señalaba las reformas que había que hacer en la finca, y en seguida se marchaba y ya no se volvía á saber de él en muchos años.

En cambio ahora aquello era una invasión de amos y de amigos de los amos, con los cuales nadie podía entenderse.

A su edad y con su posición no se está dispuesto á aguantar las impertinencias de nadie ni á satisfacer los caprichos de una infinidad de tipos, tan insoportables los unos como los otros.

Si las cosas continuaban así, sería preciso marcharse de allí.

Chavarux refunfuñó durante diez minutos sobre este tema que le tenía mortificado.

Después sacó la pipa, la llenó de tabaco y empezó á dar sendas chupadas.

Claudia le dirigió una furibunda mirada.

—Oye tú—le dijo—supongo que no te vas á estar ahí toda la vida, envenenándonos con el humo de tu indecente tabaco. ¡Uf! Largo pronto al jardín. Que no falta allí que hacer....

Chavarux no se enfadó.

Se contentó con gruñir, por lo bajo, por supuesto.

—¡Hum! ¿Qué mosca te ha picado? No salen las cosas á tu gusto por lo que se ve... Pronto verás á tu amo, el señor Pilet, y te pondrá bálsamo en las venas!

Cada vez que Chavarux hablaba del notario, lo hacía con gran ironía.

Se marchó muy despacio repitiendo:

—¡Indecente tabaco! ¡Indecente tabaco! Te aseguro que es buenísimo.

Y estaba aún á diez pasos de la cocina y se le oía gruñir.

—¿Crées que me molestas por eso? ¡Indecente tabaco!

Aurora había salido antes que él.

Había huido á las primeras palabras.

Se internó en el parque, pensativa y descontenta, diciéndose que después de los días de relativa calma, el tiempo de los sufrimientos tanto para ella como para su amiga, había llegado quizás.

Y tomaba una resolución.

Vería al señor Pilet y le obligaría á que la dijese lo que debía saber.

¡Quién era!

¡De dónde venía!

¡Lo que tenía derecho á esperar ó temer!

Le obligaría á explicarse.

Claudia había quedado á solas con su hijo.

—Supongo—le dijo—que no irás á cometer tonterías con la pequeña. Tu padre tiene razón en el fondo. Yo tengo necesidad de asegurarme. Antes de hablar de boda á una muchacha es preciso saber lo que trae.

Bernardo Chavarux empezó á reirse.

—¡Caramba, me tomas por tonto! ¡Te equivocas!... Hablas como si no fuésemos de la misma opinión. Ya comprendes que una muchacha educada con tanto cuidado, no procede de la cabaña de un pastor, como has salido tú.

Aquella alusión no impresionó á su madre.

—Continúa le dijo.

—Yo—continuó obcecándose en su idea;—estoy segurísimo que Aurora es hija de gentes muy ricas...

—Sin duda; pero veré al señor Pilet... y después volveremos á hablar... Mientras tanto te ruego que no hagas nada.

El heredero de los Chavarux tenía el paño de un perfecto notario como se ven muchos en algunas capitales de provincias.

Los hay que llegan á sentarse en el banquillo de los acusados.

Dió con gran desfachatez un golpe en el hombro de su madre y la dijo.

—¡Qué tonta erés! Te juraría que hay mucho que ganar... Pero lo primero es tratar los negocios... Saber si ella quiere...

Y añadió con una finura que encantó á su madre.

—Una palabra á nada compromete.

La alegría de la madre rayó á la altura de la de su hijo.

Decididamente tenía sus mismos instintos.

—Eres un encanto é iras lejos. Puesto que

es tu gusto adelante. No tengas miedo... Ve... Dila cuanto quieras.

Algunos minutos después, la hija de Magdalena de Arvil y de Jaime Fugeret, la niña nacida en villa Miltón en Lugano, la que todo el mundo conocia con el nombre de la señorita Aurora ó la hermosa de Aubignac se internaba en el parque y al desembocar en una calle de árboles un paseante se cruzó con ella y la detuvo con un gesto.

Era Bernardo Chavarux.

III

Curso práctico.

Al verle, la joven hizo un movimiento de retroceso como si frente á ella hubiese visto un reptil.

Bernardo Chavarux no pudo equivocarse sobre la impresión que acababa de producir.

—¿Os asusto acaso?—preguntó.

—Pero...

—Es de creer... Tan temerosa sois...

—Me habéis sorprendido. ¿Por qué causa podía asustarme?

—Os habéis marchado tan pronto, que no os he podido hablar como lo hubiera deseado. Ya habéis debido comprender que si he venido á Aubignac ha sido tan solo por veros.

Ella parecia muy admirada.

—¡Oh!—exclamó.—No me tenéis acostumbrada á tanta amabilidad, Bernardo.

—Es porque soy muy tímido, y no estoy acostumbrado á decir lo que pienso.

Aquella era una solemne mentira.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALF. N. 31 1812"

Apdo. 1628 MONTERREY, MEXICO

30553